

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

ESCRITOS DE DOS ECONOMISTAS COLONIALES—Antonio de Narváez y La Torre y José Ignacio de Pombo—Talleres Gráficos del Banco de la República—Bogotá, Colombia.

Se han reunido en este libro, editado con todo esmero por el Banco de la República, tres informes producidos entre los años de 1778 y 1810, o sea, al terminar la época colonial y empezar el fervor de la Independencia, informes que constituyen un valioso documento para esclarecer los rumbos que, en aquella remota época, tomaba el estudio de la economía en nuestro país. La recopilación e introducción es fruto de los desvelos del doctor Sergio Elías Ortiz, miembro muy docto de la Academia de Historia de Colombia.

Los autores de estos trabajos, Antonio de Narváez y La Torre y José Ignacio de Pombo, pertenecieron a aquella generación romántica, llamada neogranadina, a la cual le correspondió un papel histórico decisivo, aunque no recibieran los gajes dorados del Poder. Compañeros y amigos de Camilo Torres, el prócer, tuvieron que analizar los nuevos rumbos de su tiempo, la desgarrada angustia de sus gentes, la marea ascendente de la rebelión contra la metrópoli. Ellos, a fuer de patriotas esclarecidos y de hombres de luces, tuvieron que analizar el cuadro macilento de un virreynato decadente, en el cual los oprimidos no hallaban liberación alguna. Y donde estaban estancados usos, costumbres, formas económicas, productividad creadora en una palabra. Le propusieron al gobierno español soluciones para un mundo más ancho, ya que se vivía en límites municipales y era preciso volcarse hacia el exterior, buscar mercados, crear una economía firme, con nobles acentos propios. José Ignacio de Pombo es un nombre familiar a los colombianos. Acaso porque sus inquietudes tenían un marcado rumbo científico y gustaba de polemizar y esclarecer rumbos. En todo caso, dos patriotas desvelados, que vieron con mucha antelación fenómenos económicos que aún hoy siguen preocupando a los colombianos. Pues por una ley fatal de inercia, vivimos sumergidos en un continente de adivinaciones y palabras, pero no encaramos la realidad para transformarla. Nos falta voluntad, ejercicio de la milicia intelectual y nos sobran capacidades intuitivas de adivinación.

Recomendamos esta magnífica obra a los estudiantes de economía y a los mismos profesores universitarios, para que se den cuenta de que hace mucho tiempo, dos colombianos se preocupaban por la patria en forma rigurosa, honesta y creadora.

* * *

LA CORDILLERA DE BOGOTÁ—Resultado de viajes y estudios—Por Alfred Hettner—Banco de la República. Talleres Gráficos.

Los Talleres Gráficos del Banco de la República, que han contribuido en forma tan admirable al desarrollo de la industria editorial en Colombia, entrega a los lectores no solo de la patria, sino de otras latitudes americanas y europeas, el fruto de un trabajo metódico, realizado por el doctor Alfred Hettner, durante los años de 1882-84, realizado en la Cordillera de Bogotá. Se trata de un estudio serio, ordenado y científico. (Hettner nació el 6 de agosto de 1859 en Dresde y murió el 31 de agosto de 1941 en Heidelberg), después de completar una labor fundamental para conocer la geología de estas tierras americanas. Nadie mejor que él, puede decirnos algo de su trabajo. Oigámoslo: “Yo hice naturalmente el estudio sobre la cordillera de Bogotá, basado en la concepción general de la época referente a las montañas de plegamiento. El concepto posterior de Stille de una estructura predominante de rupturas no resultó acertado, no obstante que los cabalgamientos juegan un papel importante en la tectónica de la cordillera, pero en aquella época nadie pensó en ellos. Creo que también en la apreciación de las situaciones morfológicas y antropológicas acerté en lo general. Pero si en algunos otros puntos era obvia la falta de criterio y experiencia, como por ejemplo en la cuestión de la glaciación antigua de la cordillera. Me pareció en este caso lo más acertado analizar los argumentos en favor y en contra de este problema, y dejarlo sin resolver. Como asunto importante me pareció también la pregunta de si las partes interiores de la cordillera tuvieron primariamente una vegetación boscosa o de lo contrario siempre carecieron de ella; pero no pude llegar a un concepto definitivo”.

El estudio del alemán Hettner tiene las características de un trabajo serio, documentado y que abarca numerosos problemas. Ausente está de él cierta manía de especialización que esteriliza toda acción noble o cualquier trabajo científico. Además, es claro, directo, sin concesiones a cierto confucionismo mental, fruto de lecturas muy prolijas y oscuras.

Este libro deben leerlo y meditarlo todos los colombianos, pero principalmente geólogos, botánicos, geógrafos, hombres de ciencia preocupados por la tierra con su inquietud, afirmación y mutaciones.

* * *

Las cuatro Américas. La Venus de Tlatilco. La América del 1500. Qué llevaron los españoles a América. El nacimiento de una literatura. Don Quijote y la conquista de América. El verde Brasil. La colonia española. Los conventos y las misiones. Primer inventario de las letras hispanoamericanas. Las artes en la colonia española. La ilustración. Las misiones científicas. La independencia. Romanticismo y liberalismo. Civilización y barbarie. Del utilitarismo al positivismo. Brasil, de la colonia al imperio y la república. Del modernismo al anti-modernismo. Entre Ariel y Calibán. La cita de las magias. Constituyen, estos, los capítulos del nuevo libro de Germán Arciniegas. Son 711 páginas de buena literatura que se leen y asimilan con provecho. Arciniegas maneja un estilo muy personal, en el cual abundan los frescos colores, la gracia narrativa, la interpretación alígera de hechos y de hombres. No busca demasiadas confrontaciones, ya que su obra literaria se caracteriza por una levedad de pluma al viento, que nos recrea en su mismo movimiento y versatilidad. Arciniegas expone y aunque no llegue a convencernos en algunas de sus afirmaciones, siempre nos agrada ese laberinto encantado de su prosa. Que tiene mucho de cuento pintado, de fábula, de primer día de la infancia.

Nada en su prosa es pesado, cansino, horror. Por el contrario, le gusta recrearse en las cosas, adivinar sus zonas de claridad, voltearlas alegremente en el aire, con mucho de alegoría. Muy distante por cierto del tipo del historiador erudito, farragoso, lento, que todo lo confía al dato, al documento, a lo circunstancial. Arciniegas echa un largo vistazo por esta América nuestra, española, india, de lentos cobres mestizos, Continente Nuevo, en erupción sin líneas aún que fijen su destino o lo emparenten con otras formas de vida de países culturalmente disímiles de nosotros. Y que necesariamente tienen que serlo, ya que somos la cita de varias razas, un mundo intransferible, con valores en soledad.

Arciniegas narra y encanta. Pasa América española en esta prosa que tiene mucho de gobelino, fantansioso, alegre, definitivamente propio de su autor. No copia, no recalca, no repite lugares comunes manidos. Sencillamente con pupila propia va descubriendo zonas subyacentes que otros escritores americanos o europeos no han entrevisto siquiera. Precisamente porque Arciniegas no se somete a ningún patrón literario, pero ni siquiera histórico, ya que sus juicios son consecuencia de su manera de enfocar el mundo nuestro, con sus adivinaciones, brujerías, broncas voces, dispares destinos.

¿Es *El continente de siete colores* un libro de historia? En absoluto. Sencillamente es una larga narración, recreativa, iluminada como un vitral, agradable para leer. Ya vendrán escritores que refuten muchas de las deducciones de Arciniegas. Pero esto no quiere decir que el gran escritor colombiano desmerezca en el juicio intelectual que tengamos de su obra. Fantaseador, recreativo, fino en resonancias, seguirá alimentando una obra literaria de gran valor y un nombre de escritor merecidamente conocido y estimado en toda esta América que espera aún cumplir la parábola de su destino.

Empezamos por reconocer en el general Tomás Cipriano de Mosquera una de las figuras más sobresalientes de toda una larga época de la formación de la nacionalidad colombiana. Es difícil hallar en todo ese vasto tramo en el cual se mezclaron amores y odios, furors y ternuras, vaguedades históricas y citas con la movediza realidad nacional, un hombre tan fuertemente compenetrado con el propio pueblo colombiano. Sus minutos de grandeza, sus ambiciones de gloria, sus frustraciones, la erguida esperanza y la pequeña miseria que repta, todo lo que somos se refleja en Tomás Cipriano de Mosquera. No era un caudillo de excepción sino más bien el fruto eruptivo de un pueblo. Además, le correspondió vivir en un tiempo en el cual todo era ensayo, aproximación, lava ardiente de volcanes, complejos, derrotas, herencia de sojuzgamiento a lo español, cita de sangres numerosas y de caracteres étnicos contrapuestos y violentos.

Por eso mismo, Tomás Cipriano de Mosquera es uno de los pocos estadistas nuestros que merecen biografía y estatua. Sus conocimientos eran avasalladores, su noción de patria imperial y jerárquica, su orgullo por nuestro destino, una de sus formas de servir y perseguir. Altanero, hosco, abrupto, era también generoso y magnánimo. Es cierto que un narcicismo desmesurado movió la palanca de muchos de sus actos, pero juzgado imparcialmente, es difícil hallar a otro colombiano que pueda hombrarse con su tarea difícil, su guerrear metódico, sus claros talentos.

El historiador doctor Pablo E. Cárdenas Acosta que tanto hiciera por esclarecer los rumbos de la historia nacional, escribió esta obra como una contribución al estudio de los actos que pusieron fin, melancólico por cierto, a la dictadura de Mosquera, el célebre 23 de mayo de 1867. El triunfo del legalismo sobre la fuerza, se ha dicho. Lo que está por ver es cómo ha obrado el legalismo entre nosotros para darnos un ámbito de libertad auténtica, no diferida como suele suceder en muchos casos. Es cierto que Mosquera había cometido muchos errores políticos, se había rodeado de gentes que lo adulaban, y, creía en una misión providencial. Porque desgraciadamente en Colombia siempre andamos a la búsqueda del "hombre providencial". Que no existe sino en la mente de forjadores de una mitología que no resiste un análisis serio y agudo.

Narra en este libro el doctor Cárdenas Acosta todos los acaeceres del derrumbamiento de Mosquera, y, en apoyo de sus tesis, presenta una serie de documentos veraces. Puede decirse que la sintomatología de ese acto, también de fuerza, que derrumbó a Mosquera, está bien claro. Las consecuencias no fueron las que buscaron sus autores. El país se debatió, y sigue debatiéndose, en una crisis profunda. No hemos logrado la madurez democrática, el ámbito de la libertad, la verdadera expresión del *ser* nacional. Pero estamos empeñados en su búsqueda. Claro está que los gobiernos de fuerza, no resuelven el problema. Pero es preciso aceptar también que necesitamos la vigencia de una tabla de jerarquías auténtica, una milicia de la voluntad nacional, los frutos verdaderos que solamente se producen cuando podemos dar toda la capacidad de expresión propia. Bus-

camos esos caminos y ojalá los hallemos pronto. Este libro es valioso para estudiar un momento de la vida nacional. Es una lección y una admonición. Que parece no han servido para mejorar nuestra condición, ya que seguimos guerreando por cosas menudas y parroquiales, perdiendo el tiempo y aplazando la revolución social, que no es el paredón, sino un hondo trabajo espiritual para cambiar de rumbos y hallar lo auténtico de Colombia.

* * *

CANCIONES PARA ASUMIR TU VUELO—Poemas.
Por Alfonso Bonilla-Naar—Ediciones Guadalupe—Bogotá, Colombia.

Canciones para iniciar una fiesta, es un libro de poemas de Eduardo Carranza, que, por una sorprendente coincidencia, viene a ser el breviario estético de toda la tarea posterior del mismo poeta. Frescas cancioncillas con su aire matinal, sus rosas encendidas, arroyuelos, brisas, amores, presencias y fugas. Todo ello dentro del ámbito juanramoniano, cuya influencia era, por aquellas calendas, decisiva en una nueva promoción poética llamada de "Piedra y Cielo". Ahora el novelista, poeta, médico, Alfonso Bonilla-Naar, de quien nos hemos ocupado dilatadamente en esta sección, publica un libro de versos *Canciones para asumir tu vuelo*, como contribución muy propia a la nueva poesía colombiana. Es difícil alinderar a Bonilla-Naar. Se nos escapa, huye, vuelve, fosforece y se sume en neblinas como en un juego danzante de acuario. Esta poesía suya, queramos o no, tiene sentido, no se trata de esos disparaderos de muchos de nuestros genios de ahora, que reúnen palabras inconexas, titilaciones apenas, pero nada que diga relación verdadera con los círculos de la poesía como evasión, ternura, sentimiento, estados del alma. Son aprendices de brujos cuyo secreto reside en no tener ninguno. Poesía del absurdo, sin inspiración, árida pero no destructora. Por la sencilla razón de que al carecer de arraigo en la imagen, en la forma, en el mundo percutible, su influencia es nula.

Bonilla-Naar ha aprovechado muy bien los elementos literarios que le son propios para encender estos cantos y otorgarles calidad. Tiene hallazgos sensoriales y vitales de gran frescura. Sabe utilizar los elementos que le proporciona el paisaje y bordonea quejumbres, deseos, finuras en torno del cuerpo siempre inédito de la mujer. Pero no ha logrado liberarse de la paradoja, la greguería, el juego inteligente de los vocablos. Recata la inspiración poética bajo la lumbre de un carámbano azulado, de voces tier-nas, pero no germinales, ni creadoras. Gusta de la sutileza, del hallazgo insospechado de frases que se mecen en la cuerda de una difícil acrobacia lírica, pero evade al poeta, su crucifixión, su testimonio y su sangre.

Estos poemas son alados, tiene fulgor, piel de doncella o de durazno. Pero falta la hondura de mina, aquel suplicio del corazón y de la mente, que, en definitiva, encarnan la verdadera y eterna poesía. Que no está en la abundancia de palabras, en imagerías fragantes, sino en cierta asepsia espiritual, en llegar a tocarnos en la vida y mantener la vigilia del lector.

Bonilla-Naar, goza, ya nos parece verlo, creando estos poemas, con sus rastreos por el mundo de lo ilusorio, de la relación de las cosas entre sí, y de estas con el hombre mismo. En este poemario tiene expresiones del siguiente tenor: "Un leve pueblo de pecas en la jarcia de tu piel". "En la puerta de tu aroma-un ángel intransigente-requisa hasta las miradas-que se asoman a tu sueño". "Donde estás, precisamente-ayer se me cayó un beso"-."Los hombres escribiéndote por dentro". "El graznido de la sal". "El colegio de pargos y azulejos de tu risa". "Te escriben los almendros para que no se insolen tus palabras". "A todo trapo zarpan alcatraces por los acantilados de tu cuerpo". "En tus ojeras enterraron vivo el último crepúsculo". "Irás poniendo los manteles de la tarde-mientras llega por gotas el crepúsculo-."Me beberé tu rostro-Deletrearé su espuma-Te firmaré la risa". "Te firmaré la huída".

Ramón Gómez de la Serna había escrito: "El estanque estaba lleno de risas blancas de niños, convertidos en florecillas blancas". "Si el mar está limpio es porque se lava con todas las esponjas". "Cuando ella salía del baño se guarecían en las ostras de su ojeras dos hermosas perlas". "La nariz de aquella mujer se afilaba por el olor de perfumes y voluptuosidades". "Dejó escapar de su pañuelo la mariposa de su perfume". "El silencio de la madrugada barre las campanadas caídas del tranvía". "En las piernas desnudas de aquella muchacha cruzaba los infinitos ríos del amor".

Hemos hecho estas transcripciones con ánimo desprevenido. Sencillamente para escrutar una poesía que en verdad tiene mucho de juego inteligente de conceptos, agilidad rampante de esferas de cristal, malabarismo y una sutil vena de humor. ¿Pero es verdadera poesía? No existe aquí la vieja nostalgia, el recuerdo, el interrogante metafísico, el alarido ante el mundo. Alegre, deportista, mañanera, pero sin esas profundas resonancias para el hambriento corazón del hombre.

* * *

COLOMBIA HISTORIA Y ESTAMPAS.—Por Jaime Paredes Pardo y Nereo—Editorial Tercer Mundo—Bogotá, Colombia.

Nuevamente, en feliz conjunción, Jaime Paredes Pardo, gran escritor colombiano, y Nereo, el estupendo fotógrafo, han realizado un trabajo de veras hermoso, creador, transparente. Libro, obra de la santa paciencia y el talento literario, como también del ojo avizor y sagaz de un retratista de sitios y figuras que ha hecho con la lente verdaderos poemas, ya que rescatar un ángulo, tomar el sitio exacto de una expresión anímica, descubrir una huella en la topografía de un rostro calcinado, relieves la imponentia de una masa que duerme en silencio, requiere sensibilidad, fino sentido del objetivo, blanco y flecha en el azul. Por tanto, "Tercer Mundo", ha logrado cosechar una victoria para los colombianos, con la presentación de esta obra de tan nobles perfiles espirituales. Porque el quehacer de un pueblo, sus modalidades, su pre-historia, su marcha, len-

ta, por los hondos valles del tiempo, requiere de quien la investiga, talento, adivinación poética y amor por lo propio, aquello que nos envuelve y circunda.

Paredes Pardo viene consolidando una obra literaria de muy subida calidad lírica. Imágenes y hallazgos afortunados. Pinceladas poéticas delicadas, ternuras sugerentes, turgentes, que son producto de meditación y de una sensibilidad muy fina, que despierta ante las más sutiles vibraciones de las cosas. Tiene y mantiene, Paredes Pardo, una devoción filial por todo lo colombiano. A tiempo que otros escritores desprecian lo nacional, la autoctonía, lo que somos y padecemos, este escritor se complace en hallar lo poético, humano, lo verdaderamente colombiano, de nuestra creación. Colombia y su espejo. Su vibración y reverberación. El esfuerzo creador y las forzadas limitaciones.

El escritor tiene que ser un testigo de su tiempo. Y no andar a caza de suplantaciones de lo propio, porque su obra se resentirá del calco, de falta de autenticidad y valor propios. En este bello libro, *Colombia, historia y estampas*, se reúnen preciosos materiales literarios y fotográficos que dan una visión verdadera de lo que somos y del rumbo que vienen tomando nuestros destinos. Cuando la poesía, como en este caso, ejerce una función creadora, tocamos el borde resplandeciente de las cosas y nos sabemos confundidos en una hermosa tarea de siembra.